

EL SIGLO IV.

LECCION SETIMA Y ULTIMA.

SEÑORES:

Comienzo esta noche mis lecciones con una mezcla de alegría y tristeza que en vano pretendiera ocultar; sí, alegría porque remato por este año una obra larga y dificultosa, porque salgo de este empeño en que tenía perdida la tranquilidad del alma, tan necesaria á la vida; y tristeza, porque me veo forzado á separarme de un público á quien tengo y considero por amigo carísimísimo, pronto á perdonar mis faltas, á encarecer mis escasos merecimientos, y que ni un instante me ha abandonado en estos penosos trabajos, sosteniéndome, alentándome con verdadero entusiasmo, que han sido parte á impulsarme hácia esos cielos misteriosos, donde apenas puede respirar nuestro pecho formado para un aire ménos puro; pudiendo traer de allí esas verdades consoladoras que secan las lágrimas de nuestra faz dolorida, y nos infunden esperanza en Dios, y nos levantan á la contemplacion de lo absoluto, y nos fortifican para pisar el camino sembrado de abrojos que conduce á la realizacion del ideal divino con que sueña nuestra mente, la cual está ansiosa de bien y de verdad, porque sabe que por el bien y la verdad hemos de cumplir la obra del siglo, el aniquilamiento de todas las tiranías, la libertad de todos los esclavos, la union de todos los pueblos; para que no sea posible retroceder ni un punto en el trabajo de crear el derecho, regado, fecundado con la sangre de

nuestros padres, y que debe ser un día la paz y la felicidad de nuestros hijos; que no es posible que se corte la cadena misteriosa del progreso más real en el espíritu que la ley de la atracción en los astros, y cuyos eslabones intermedios forjamos nosotros, y cuyos extremos se encuentran en las próbidas manos del Eterno. [Aplausos.]

Señores: lo digo con la franqueza propia de mi carácter, creería haber perdido un año de vida, y haber dado al viento las palabras todas salidas de mis labios, si no os hubiese persuadido con la relación sencilla de los hechos á creer que el cesarismo, á pesar de que cumplía la unidad del mundo, y la unidad del derecho, como todas las tiranías depravaba á los hombres, corrompía la sociedad; que el pretorianismo, el mal de nuestro tiempo, era impotente para salvar un mundo gangrenado por sus vicios; que la esclavitud á cuyo amparo fiaba Roma su vida, la mataba como compendio de todas las injusticias sociales; que el cristianismo trajo, no solamente la idea del Dios-espíritu, eje de la historia moderna, sino también la idea de la libertad y de la igualdad, trascendentales á nuestras instituciones de hoy; y que en este día eternamente memorable, en este punto de la historia se trasfiguró el espíritu humano en la cruz, patíbulo del esclavo, y con el espíritu todas las ideas; y la humildad se exaltó, y se precipitó en los abismos la soberbia y se consumió la redención religiosa, para que nosotros, deduciendo las consecuencias contenidas en estas premisas, realicemos la redención social, obra de muchos siglos, tormento de muchas generaciones, pero obra verdaderamente grandiosa, cuya terminación Dios ha encomendado á nuestro siglo, siendo por eso en el plan divino de la Providencia el más grande, el más glorioso, y el más cristiano de todos los siglos de la humana historia. [Estrepitosos aplausos.] En verdad, señores, si mi trabajo ha sido tenaz y porfiado en este largo tiempo, puedo deciros que ha tenido más parte en él vuestra atención, vuestra constancia, que mi pobre esfuerzo. En los certámenes oratorios, el público hace siempre más, mucho más que el orador. Sin vuestro entusiasmo, mi voz hubiera sido como un instrumento sonando en lo vacío. Prestadme en este año por última vez vuestra atención.

Vimos al finalizar la última lección, que los perseguidores del cristianismo caían uno en pos de otro en el polvo, como heridos de muerte. Vimos también que Diocleciano huía de Roma como si le atormentasen sus grandes recuerdos, como si el aire de la ciudad Eterna entosigara sus entrañas. Esta determinación del defensor más acérrimo

mo del paganismo, fué para los paganos grave falta, porque ocasionó el nacimiento de una ciudad nueva donde la idea pagana de ninguna suerte podía tener las raíces que tan profundamente arraigaban en el suelo de Roma. La ciudad Eterna se oponía al nuevo Dios que no bajaba la frente en su presencia. La ciudad Eterna era la ciudad Santa del paganismo. La tosca lanza de Marte, fué su lanza; el fuego de Vesta, como el fuego de su vida; los dioses pelásgicos, sus padres; las ninfas que murmuraban en las hojas de sus selvas ó se deslizaban fugaces en las claras aguas de sus fuentes, los númenes de sus legisladores; el sagrado altar de Victoria, el ara donde pendían los trofeos de todos los vencidos, el Panteón, el nuevo Olimpo de todos los dioses; y los sacerdotes fugitivos de todos los templos llevaban allí sus cultos, sus ídolos y sus libros sagrados; y los theurgos y los magos corrían á aquella ciudad con las fórmulas de sus hechizos en los labios y miradas de estatuas divinas poblaban no solamente sus altares sino también sus circos; y hasta los átomos de polvo de aquella tierra, hasta los soplos de aire de aquel cielo estaban llenos de dioses, que no han podido conjurar quince siglos de oraciones; porque aun hoy, aquella Roma, llena de monasterios, de religiosos, de santos, de pontífices, aquella Roma eternal, macerada por la penitencia, de cada una de esas piedras exhala el cántico del pagansimo; y la cúpula de su gran basilica es la rotunda del Panteón elevada al cielo en alas del genio titánico de Miguel Angel; y sus inmortales madonnas trazadas á la luz del renacimiento por la creadora mano de Rafael de Urbino, son diosas vestidas con la ethérea luz de la idea cristiana, y el habla de sus sacerdotes hoy es la misma de Ciceron y de Virgilio; y cuando el sonido de sus mil campanas que llaman á la oración, se estingue en los espacios como el lamento de la tierra que invoca á Dios, todavía se oye el susurro de los árboles la flauta de Pan, y en los arroyos el cántico de los náyades, y en las calurosas siestas el zumbido de las abejas que repetía Virgilio en sus versos, cual si la sustancia de aquella tierra fuera enteramente el paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

La traslación del trono del mundo desde Roma á Bizancio significaba que había muerto la dictadura democrática y revolucionaria de los primeros doce Césares, el gobierno greco-romano de los Antoninos, la lucha de los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento civil con los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento militar, y que comenzaba el despotismo oriental, el despotismo asiático, en una palabra, el despotismo bizantino. La idea clásica se

desconcertaba en Bizancio, se olvidaba aquella corrección propia del genio helénico, las proporciones de sus monumentos, la olímpica serenidad de sus estatuas; y bien al revés de la dulce armonía de formas que caracteriza á Roma y muy especialmente á la hermosísima Grecia, alzábase una arquitectura gigantesca y monstruosa, templos y palacios inmensos, estatuas colosales, mezcla confusa de todos los edificios del mundo, intercolumnios áticos, bajos relieves deformes de Palmira, tortugas y elefantes de granito, monolitos de pórfido y de jaspé, chapiteles de oro, esferas azules sembradas de estrellas de plata, monstruos apocalípticos, ángeles esterminadores, arpías, sibilas, grullas sagradas, mil imágenes que de un fondo de varios colores se destacaban por aquellas paredes y cornisas de los monumentos, á cuyos pies hervía una muchedumbre de soldados, de eunucos, de esclavos, de grandes señores vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, todos los cuales tenían verdaderamente en muy poca la clásica sencillez romana, y parecían evocaciones de los sátrapas y despotas de Oriente vagando sobre el cadáver del antiguo mundo. (Ruidosos aplausos.)

Pero lo mas notable que señalaba Bizancio no era ciertamente la revolución política, era la revolución religiosa. Aquella ciudad nueva no tenían ningunos recuerdos paganos que erraban por los ámbitos de Roma. Los cristianos saludaron con júbilo esta traslación que amenazaba de muerte á la ciudad maldecida por el Apocalipsis. La oscura secta cristiana, como la llamaban los paganos, creció tanto que pasó á ser una secta política. Los cristianos se inclinaban no á tal ó cual emperador, sino al emperador que les concediese la primera, la mas necesaria de todas las libertades, la libertad de conciencia. El mundo se encontró dividido bajo el poder de Diocleciano en dos grandes gobiernos, el de Galerio en Oriente, el de Constancio en Occidente. Galerio fué perseguidor, cruel, intolerante; Constancio fué justo, benigno, tolerantísimo. Era aquel la imagen viva del egoismo pagano; era este la imagen viva de la tolerancia filosófica. Galerio murió devorado por un cancer, presa de horribles dolores; Constancio murió tranquilo, bendecido del mundo, regadas sus manos por las lágrimas de los que habia libertado del martirio. La angustia de los perseguidores de la nueva idea era tanta, que al morir Galerio promulgó un edicto dando libertad á los cristianos y pidiéndoles que intercedieran por él con su Dios. El genio del paganismo embriagado de sangre depositaba su cetro al pié de sus víctimas. Los cristianos nunca aban-

donaban su idea política que habia de ser parte á darles la victoria. Si el tiempo no apremiase, yo mostraria á las sectas, filosóficas ó económicas que, encerradas en egoismo empedernido, creen no deber bajar á la arena candente de la política, yo les mostraria que solo en esa arena, muchas veces manchada de sangre, está la victoria de los grandes principios, porque las victorias no se alcanzan sino por el dolor y el sacrificio. (Aplausos.) Así los cristianos tomaron parte en las contiendas políticas de Roma, y sostuvieron en sus predicaciones y en los campos de batalla al César que les prometiese la gran libertad, la mas necesaria á su vida, la libertad de su conciencia. ¿Y quién podia darles de esto una prenda mas segura? Constantino, el hijo de Constancio Cloro. Por eso los cristianos le sostuvieron en sus luchas con Magencio y Licinio y celebraron sus victorias.

Es vulgar preocupacion creer que Constantino declaró religion esclusiva del Estado la religion cristiana. No, Constantino proclamó la libertad del culto cristiano. Eso fué su título de gloria á los ojos de los cristianos, título grande, porque cuando todas las ideas tienen libertad en sus manifestaciones, la muerte es para las ideas decrepitas ó erróneas, el triunfo para las ideas progresivas y verdaderas, que en vez de rehuir la luz, la buscan, seguras de mostrar mejor á la luz del dia todas sus virtudes. (Frenéticos aplausos.) De esta suerte el paganismo cuyo dogma religioso era que la religion fuese del Estado, para el Estado, por el Estado; recibió honda herida de muerte que solo pudo conllevar por espacio de dos siglos. Contemplemos breves instantes, pues, á Constantino. Sobre pocos hombres encontrareis juicios mas varios en la historia, segun la cuenten los paganos vencidos ó los cristianos vencedores. Nacido en el paganismo, educado en la filosofia deista y tolerante de su padre, diestro en las armas, feliz en los combates; déspota oriental que substituyó con sus cortesanos y domésticos las antiguas magistraturas teñidas aun despues de la muerte de la libertad por algun reflejo de derecho, no exento de crímenes, se manchó con la sangre de su hijo Crispo, de su hermana Constancia, de su mujer Fausta; mas político que religioso; su idea fué destruir el paganismo con la libertad de conciencia, su conducta tener el fiel de la autoridad suspenso entre las dos religiones, aguardando á que el espíritu humano inclinase la balanza del lado de la justicia; y no leia los libros siblino, ni iba al Capitolio, ni sacrificaba víctimas en la ara manchada de sangre, sostenia el culto de Apolo, reglamentaba la adivinacion, disponia que se consultasen los arúspices cuando el ra-

yo del cielo hiriese su palacio, se ceñía la corona de encima de los antiguos pontífices para celebrar las victorias del imperio, pasaba bajo los arcos triunfales coronados por las estatuas de los dioses, daba juegos, verdaderas festividades paganas, encargaba la historia de sus predecesores á Julio Capitolino, fiel observante del pagano culto, ponía el lábaro de la Cruz en las manos de la alada victoria griega; indecision propia de su tiempo, nacida del respeto que le inspiraba la gran autoridad histórica de las antiguas creencias; indecision pasmosa, crepúsculo del nuevo día, que cubre de sombras las plantas de Constantino y tñe de luz su frente, pues nunca será posible olvidar que al libertar el culto cristiano, apagó las hogeras encendidas en daño de la conciencia humana, aflojó las cadenas de los esclavos, preparó el reinado de la justicia, y elevó al trono una idea perseguida y abominada, para que alumbrase como sol del espíritu la vida humana hasta entónces entregada á la esclavitud del materialismo religioso. (Repetidos aplausos.)

La conversión de Constantino levanta el problema pavoroso que aun no se he resuelto y que debe resolver nuestro siglo, el problema de las relaciones del poder temporal con el espiritual, el problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Notad un momento conmigo dos grandes contradicciones históricas que pasan y maravillan nuestra mente. Constantinopla es en este tiempo la ciudad nueva, la ciudad cristiana; Roma la ciudad antigua, la ciudad pagana. Sin embargo, en la edad media Roma salvará la unidad cristiana de la nueva civilización con el Pontificado. Y Constantinopla en el renacimiento de la unidad y la perpetuidad de la idea antigua con la resurrección de los recuerdos clásicos. Roma pagana es el sol de la civilización nacida del cristianismo; y Constantinopla cristiana es el lecho donde duerme la antigüedad pagana hasta que el mundo moderno le encuentra como una de esas mómias guardada en los sepulcros de Oriente. Pero en estos momentos que historiamos, Constantinopla y Roma, la una ciudad de los emperadores, la otra ciudad de los papas, dicen que la religión y el Estado se han separado, que sus esferas se han dividido, y que en su mútua independencia está el ideal de la nueva civilización. La antigüedad no pensó nunca en el problema de las relaciones del poder civil con el poder religioso. Todo estaba allí confundido en la unidad absorbente del Estado. Pero el cristianismo que tantos progresos trajo á la vida, separó estos dos poderes, é hizo de esta suerte imposible para siempre aquellas tiranías gigantescas, que pe-

saban sobre la conciencia y la vida y se estendian orgullosas en el tiempo y en la eternidad. La confusión de los poderes creó dos grandes males, así en Oriente como en Occidente, dos grandes males, diversos en la forma, idénticos en la sustancia. El mal de Oriente consistía en que el poder político estaba absolutamente sometido al poder religioso, y de aquí la teocracia en el gobierno, la inmovilidad en el pueblo, el despotismo en todas partes. El mal de Occidente del mundo romano sobre todo, consistía en que el poder político dominaba por completo al poder religioso; y de aquí la autocracia, la tiranía de un hombre que llenaba los cielos y la tierra, y se tenía así mismo por un Dios. El mundo antiguo habia caminado entre dos abismos, entre la autocracia y la teocracia. Estos dos abismos se evitaban con la siguiente solución: La unión política del mundo en Constantinopla, la unidad religiosa del mundo en Roma. Pero, Señores, las dos ciudades fueron á su idea infieles en la sucesión de los siglos. Constantinopla aspiró á la autocracia, á tener la conciencia religiosa esclava del imperio. De aquí su cisma escandaloso que rompía la unidad del mundo moderno. de aquí su corte convertida en academia teológica, de aquí aquellos sofismas que cortó la cimitarra de los turcos. Roma no se contentó con la autoridad religiosa que de derecho le pertenecía; aspiró á una autoridad política, á un poder inmenso, á la monarquía universal autocrática, idea que nace con Gregorio VII, que crece con Inocencio III, que muere con Bonifacio VIII. Pero de esta ambición desmedida de Roma provino el que los pueblos y los reyes se alzaran juntamente en su daño, y le usurparan bajo el nombre de regalismo, galicanismo, leyes josefinas ó leopoldinas gran parte de su autoridad religiosa. Es necesario pues, señores, en el momento en que hablamos, en este momento en que tal vez se resuelve el problema de quinientos siglos, que pueblos y reyes renuncien á esas regalías, eternas argollas de la Iglesia; que la Iglesia, á su vez, renuncie á ese poder político, arrancado á sus manos por la corriente de las ideas del siglo, á ese poder político, última sombra de la edad media, residuo del polvo feudal caído sobre la tiara de los papas; y Roma dejará de ser como es hoy esclava de estrofa gente; y el galo trasalpino que la profana y esclaviza, volverá á sus hogares; y un César revolucionario y advenedizo que subió al trono por sorpresa y por sorpresa lo conserva, dejará de tener bajo su tutela el poder mas augusto y mas glorioso de la historia. (Estrepitosos y prolongados aplausos); y será libre la Iglesia con aquella libertad divina que predicaran los Atanasios y los Am-

brosios; y la hermosa Italia, la nacion mutilada por tantos reyes que van á buscar la luz en su cielo y la inmortalidad en sus artes, se pondrá sobre los hombros la cabeza hoy caída á las plantas de los vencidos por Mario y por César; y se darán el ósculo de paz la Iglesia y la libertad moderna; y el mundo entero se regocijará; y saldrá de todos los labios un Te-Deum sacratísimo que repitan todos los tiempos y todas las generaciones, porque habrá sonado la hora mas gloriosa, la hora mas santa de la civilizacion; hora bendita que está destinada á ver la paz de todos los pueblos civilizados en el regazo del cristianismo renovándose por un milagro semejante á la conversion de Constantino la libertad de la Iglesia. (Frenéticos aplausos.)

Hemos visto el triunfo de la libertad de la iglesia en Constantinopla, y ahora debemos ver el triunfo de la unidad del dogma en Nicea. Las verdades fundamentales del Cristianismo se hallaban todas contenidas en la palabra de Cristo, como en la semilla se encuentran la planta, la flor, el fruto. Pero el definir, el estender, el confirmar estas verdades, tocaba á la Iglesia seguramente. A cada paso el dogma encontraba una contradiccion; pero en cada contradiccion una victoria. Por estas contradicciones se definian y aclaraban sus grandes ideas. El Cristianismo venció á la Sinágora proclamando la revelacion universal y no restringida á ningun pueblo privilegiado; venció al paganismo con la idealidad sublime de su moral; venció á los ebionitas que pretendian sostener unas obligaciones para los judíos y otras para los paganos con el dogma de la unidad y de la igualdad de todos los hombres; venció á los nazarenos siro-caldaicos con la clara demostracion de la venida del Verbo; venció á los gnósticos que veian en la materia una impura degeneracion de Dios mostrándoles en la materia las señales de la obra de Dios; venció á los maniqueos convenciéndoles de la unidad divina y de la unidad del alma; venció á los doctistas que enseñaban que Cristo solo habia revestido las apariencias de cuerpo mortal probándoles la humanidad de Cristo; venció á los nicolaitas que á pesar de su ascetismo resucitaban el sensualismo pagano poniéndoles delante de los ojos los preceptos purísimos y la vida inmaculada del Hijo del hombre; venció á los montanistas y el sentido oriental del origenismo con su sentido práctico y humano; venció, conjuró todas las grandes oposiciones que se levantan en la historia, que le cerraban el paso á un definitivo triunfo; aplastó la serpiente oriental que silbaba en sus oidos las palabras seductoras con que perdiera á Eva; inmoló al Dios-naturaleza que se defendia de la muer-

te con todos sus mágicos hechizos; y al mismo tiempo que confirmaba dogmas religiosos, apercibia las ideas que habian de ser el alma de la nueva edad, la única educacion posible de aquellos bárbaros, que avasalladores de toda fuerza, solo podian caer de hinojos ante un poder moral que tocase con su virtud los corazones, y penetrase con la sencillez y sublimidad de sus ideas, en la noche de sus por tanto estrecho oscurecidas conciencias.

Pues bien, el Cristianismo se encontraba despues de proclamada la libertad de la Iglesia, en presencia de la mas formidable heregía que recuerdan los siglos. Arrio afirmaba la superioridad de Cristo respecto á la humanidad; pero tambien la inferioridad de Cristo respecto á Dios. Esta idea le llevaba á desconocer el pecado original, y el desconocimiento del pecado original le llevaba á desconocer la virtud de la redencion. Pero el mas grave mal era que destruia la doctrina de Arrio la Trinidad, y destruyendo la Trinidad destruia el Cristianismo. El imperio recién convertido, podria inclinarse á Arrio por la sencilla razon de que hacia de la religion dócil instrumento de su autoridad terrena. Nunca, absolutamente nunca, corrió la Iglesia mas graves peligros. Nunca, absolutamente nunca, la idea cristiana tuvo sobre si mas aterradoras amenazas. Quitando á Cristo su carácter divino, se despojaba al Cristianismo de todo lo sobrenatural, y la humanidad de la esperanza de llegar á realizar un ideal divino en la vida. Iban á perderse todos los elementos divinos que aquella revelacion trajera á la conciencia humana. Y al mismo tiempo, descendiendo el Cristianismo de ideal religioso á ideal puramente filosófico, abdicaba toda virtud para domeñar á los bárbaros que solo se inclinarian en su rudeza delante de una institucion nacida bajo el amparo de los cielos. En una edad esencialmente religiosa, el ideal de la civilizacion debia ser esencialmente religioso tambien. Para esta gran crisis suscitó Dios el genio inmortal de San Anastasio, el Constantino del dogma. Este doctor, que reunia á la idealidad de una inteligencia griega, la fuerza de un carácter latino; gran filósofo, gran orador, gran artista, conoció que el definir la Trinidad era como el definir todo el Cristianismo; y uniendo las ideas de San Pablo á las ideas de San Juan, los dos primitivos escritores de la divinidad de Cristo, encontró la palabra *omoiousios* griega, *consustantiabilis* en latin, para esplicar la identidad del Padre y del Hijo, con lo cual condenaba el arrianismo que ponía á Dios en la eternidad pero lo separaba del mundo, y estimaba á Cristo por mediador, pero lo separaba del cielo, y creía al Universo real, verdadero,

pero lo separaba de Dios, cuando Dios está en todo, sobre todo, y al rededor de todo; doctrinas sublimes que sostenian el poder moral del Cristianismo, tan necesario para domar la tempestad próxima á desencadenarse sobre el mundo; doctrinas que ahogaban las tendencias autocráticas de los Césares, dispuestos á ser Pontífices del Cristianismo como lo habian sido del paganismo; doctrinas que sostuvo aquel San Pablo del siglo iv contra las veleidades de Constantino, contra la enemiga de Constantino, contra la apostasía de Juliano, contra el despotismo de Valente, en el Egipto, delante del templo de Serapis que sobreviviera á Apolo; con las armas de los esbirros imperiales sobre el pecho; entre las muchedumbres amotinadas; encerrado á veces en misteriosa tumba donde encontró una noche los huesos de su padre; en la soledad del desierto donde le llevaba el encendido afán de conservar la santa moralidad de su conciencia; enamorado de una idea inaccesible á la razon como si la viera con los ojos; hasta que logró su triunfo, y pudo decir que vió con este triunfo rodar á sus plantas el paganismo: merecido premio á la constancia de aquel hombre dotado de la luminosa razon y del incontrastable carácter con que Dios revisita á todos los que elige para difundir una idea salvadora sobre el mundo. (Estrepitosos aplausos.)

Atanasio, aunque á la sazón solo sacerdote, fué la inteligencia y el corazon del Concilio de Nicea. La civilizacion cristiana oscilaba aún entre el panteísmo y el antropomorfismo. Si daba en el primer escollo, el mundo volvia al Oriente, contradiccion tan grande como si el recién nacido volviera al seno de su madre. Si daba en el segundo escollo continuaba la idea pagana, y moria la nueva civilizacion de la muerte del paganismo. De éstos dos escollos se habia salvado en su doble lucha con el origenismo y el gnosticismo. Precisaba que se salvara del postrer escollo que le aguardaba en su misma victoria, del arrianismo; precisaba que no dejara al mundo huérfano de Dios, sino que lo acercara á Dios, porque si la horfandad del mundo es siempre triste, lo era mucho mas en aquellos terribles dias en que la cólera divina azotaba á la tierra, y la sangre rebotaba en los campos de batalla, y el hombre envuelto en ráfagas de una tempestad infinita, no tenia, ni mas refugio, ni mas esperanza que el cielo. Y el arrianismo aislaba al hombre separándolo de Dios. Era preciso que el dogma de la Trinidad se definiera, se concretara en presencia del atónito mundo. Para esto se reunió el Concilio de Nicea. Cuando la agora griega estaba muda; cuando despues de tres siglos de eterno despotismo la

tribuna de los rostros estaba rota, y no se oía ni el tempestuoso rumor de las muchedumbres, ni la voz severa del orador romano que se alzaba en favor de la libertad antigua: cuando emperadores que se creian en su soberbia como dioses, cerraban el Senado, y abrian los templos consagrados á su propio culto, al culto de sus vicios; en aquel triste y universal envilecimiento que parecia haber aniquilado hasta la conciencia humana, se reune augusta asamblea en una ciudad alzada entre Asia, Africa, Europa, como para indicar que se propone unir en un solo dogma, en una sola creencia los tres continentes de la tierra, las tres grandes razas de la humanidad; y allí, aquellos hombres que llevan todavia el sudor del trabajo en la frente, las cicatrices del martirio en el pecho, aquellos hombres entre quienes se cuenta Oisio, el gran español, honra de su siglo; Eusebio de Cesarea, elocuente historiador de las persecuciones y de las victorias de la Iglesia; Panucio de Thebaida, paralítico, inmóvil, descoyuntado por las tenazas del tormento, que solo tenia viva la cabeza para pensar en su Dios, vivo el pecho para exhalar un cántico de triunfo; Pablo, predicador de las orillas del Eufrates, austero cenobita, que bendecia á las muchedumbres con su mano medio consumida en el fuego atizado por el feroz Galerio; Santiago de Nisyba, venido de apartado retiro, cubierto con una piel de camello, menospreciando la roja púrpura de los perseguidores del Cristianismo; Espiridion de Chipre, obispo y pastor, que salia del templo y se encaminaba al monte á guardar sus ovejas; todos héroes del pensamiento, mártires todos por haber defendido la santa inviolabilidad de la conciencia humana, todos defensores de la idea divina que iba á transformar la sociedad, todos dispuestos á dar su vida por su Dios; y que enardecidos en la nueva fé, el compendio de todas las creencias que van á alimentar el espíritu humano, el *Credo in unum Deum*, á cuya voz los bárbaros caerán de rodillas trémulos é inermes, y que despues de quince siglos resuena potentemente desde las heladas cumbres de los Alpes hasta las islas perdidas en las espumas de los mares, bajo las bóvedas de todas las iglesias del mundo, en señal de que la humanidad hasta entónces encorvada por el peso del fatalismo religioso, se ha erguido, se ha declarado libre, y siente el espíritu de Dios difundiendo como eterno aliento creador por su regenerada conciencia. (Prolongados aplausos.)

¿Quién habia de creer que este tributo del Cristianismo no era definitivo, eterno? ¿Quién podia imaginar que subiera despues de tantas y tan vergonzosas rotas el paganismo al trono del mundo, empe-

fiado en ahogar de nuevo la conciencia humana? Sin embargo, no os maraviléis de esto, señores. La historia es una grande enseñanza que fortifica el ánimo y lo eleva. Las ideas no desaparecen ciertamente en un día; pero una vez heridas por el progreso, si se levantan, es para morir de nuevo. El gastado símil de la lámpara que al morir lanza su mas vivo destelle cuadra á las ideas admirablemente. Todas toman cierto brillo en el instante solemne de su muerte. Y no podia en verdad esentarse de esta ley el paganismo. El genio de la antigua civilizacion lloraba la muerte de todo lo que habia dirigido á la humanidad en su camino y la habia consolado en sus dolores. Grecia, como patria del arte, era la maestra de todos los grandes hombres de la antigüedad. ¿Y qué iba á ser Grecia? La liga anfictiónica estaba deshecha; el oráculo de Delfos mudo; los monumentos de sus piedras exhalaban como un cántico ruinoso; las odas de la tragedia griega olvidadas; rotas las cuerdas de la lira de los grandes poetas; abandonados los juegos olímpicos donde el vencedor ceñía á sus sienes el siempre verde laurel de Apolo; nublada la ántes serena frente de los sacerdotes pithios que veían sin ofrendas el ara, sin adoradores el templo; destrozado el teatro donde se perpetuaban, por las milagrosas resurrecciones del arte, los héroes de Troya, de Salamina, de Platea; inmóvil la pitonisa en su trípode, cual si la hubiera helado la falta de una idea en la conciencia, de una palabra en los labios; desiertos los campos de aquellas divinidades que brillaban en las alas de las mariposas, en el fosfórico resplandor de las luciérnagas, en el cáliz de las flores, y que cantaban en el susurro de las selvas, en el rumor de las fuentes; mutiladas las estatuas de Fidias y Praxiteles; seco el manantial de inspiracion en que habian bebido su genio los poetas; porque merced á la nueva idea, toda del espíritu, toda para el espíritu, el genio del paganismo se ahuyentaba de la naturaleza, y se morían los dioses como un coro de ruiseñores abrasados en su nido por el fuego de la tempestad que bajaba del cielo. (Estrepitosos aplausos.) Y al mismo tiempo que el paganismo se moría, también se moría el imperio; las antiguas prendas militares faltaban, y los dioses no eran bastante fuertes á contrastar la fuerza de los bárbaros. Esto inspiraba á muchos espíritus la idea de volver al antiguo paganismo, de reintegrarlo en todos sus dogmas, en toda su pristina hermosura. Y como doquier se levanta una idea poderosa, nacida de una necesidad del espíritu, allí se organiza una secta; y como doquier se organiza una secta, con alguna idea que tenga razon de ser, allí se organiza un gobierno; la

reaccion pagana fué secta y se llamó escuela alejandrina; fué poder, y se llamó Juliano. No hay para qué dudarlo; el paganismo con sus artes, con sus mitos, con sus héroes, daba gran confianza al hombre en sus mismas fuerzas. Si en el siglo décimotercio el poeta de los sepulcros y de los abismos, y de los infiernos, que llevaba la tempestad de su siglo en el cerebro, la desesperacion de su patria en el pecho, se postró ante Virgilio y le llamó guía y maestro, é hizo de él como un redentor del arte y de la ciencia; si en el siglo décimosexto, Italia, al salir de los tormentos de la Edad media, se apasionó por los dioses paganos con tanto delirio que los alzaba hasta los altares católicos; si hoy mismo reinan todavía en el arte, ceñidas las sienes en la luz inmortal del Hybla y del Hymeto los antiguos dioses, y todavía los poetas, en cuyo corazon hay siempre una cuerda pagana que resonará eternamente en la historia, creen oír el cántico inmortal del castalio coro; no es mucho, señores, que pelearan por sostener aquella idea los que habian visto los triunfos del paganismo, y asistido á sus misterios y celebrado sus deslumbradoras teorías, y creían oír el cántico de sus dioses difundido por la naturaleza, y unían en su mente á la suerte del antiguo culto la paz del Universo. (Aplausos.)

Muchas veces he dicho que la historia de los hechos es al mismo tiempo la historia de las ideas. Muchas veces he dicho que no se puede probar en ninguna ciencia la fuerza real de las ideas como en la historia. La idea que nace aislada en la mente de un pensador solitario, se encarna en instituciones, y transforma con transformacion maravillosa la realidad, la naturaleza. La idea es el límite en que se encuentran el pensamiento y el sér. La idea es el elemento primero del pensar. Siendo el elemento primero del pensar, es también para nuestra inteligencia el elemento primero del sér, porque sin la idea no existirían para nosotros, para nuestra mente, los objetos. La sensacion misma, el primer borrador del conocimiento, no existe hasta que no es pensada, no existe hasta que no es idea. Así toda idea toma formas en la realidad, es objetiva. Y la idea alejandrina, aquella idea que nos parecia tan vaga, despues de haber tenido grande influjo en la ciencia cristiana, y sobre todo en la solucion del problema de la Trinidad, se encarna, se objetiva en Juliano. Cuando las ideas llegan á tocar en la realidad de esta suerte, es porque han pasado ántes por una grande elaboracion metafísica. La idea alejandrina, pues, debia en su desarrollo dialéctico llegar á la realidad. En Plotino fué una filosofía, en Porfirio una religion, en Máximo una theurgia mágica, en